

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



*Mareas*

*He conservado la herencia de los antepasados mientras mis hombres desaparecían en busca de la ballena, embarcados en la aventura, o inmersos en guerras ajenas. He mantenido la hacienda familiar; me he ocupado de la casa, de los hijos, los ancianos, los enfermos, las huertas y los animales. He sido arrinconada y alejada de las fuentes del saber y, no obstante, he transmitido la lengua, la palabra, el aprendizaje no escrito, las creencias, la tradición. He trabajado durante toda mi vida, y he preservado y legado lo mejor de mí misma.*

Relato a relato, *Mareas* recupera la memoria de las mujeres de la costa vasca, tan ignoradas y, al mismo tiempo, tan presentes a lo largo de la Historia de nuestro pueblo. Este libro excepcional está compuesto por treinta y cinco historias de ficción, independientes entre sí, ordenadas de forma cronológica y ambientadas en los pueblos de la costa, de Baiona a Muskiz. Mesoneras, esclavas, contrabandistas, empresarias, curanderas o bateleras, entre otras, conforman un abanico de mujeres y situaciones muy diferentes a lo largo de veinte siglos que Toti Martínez de Lezea ha sabido recrear con su habitual maestría.

A Eloy de Olabarri y María Rosa Martínez

*Con mi agradecimiento a José Antonio Azpiazu,  
historiador y amigo, por su labor y ayuda, sin la  
cual este libro no habría sido igual.*

*Azken arnasa ematen dugu  
eguzkitik eguzkira  
Azken arnasa nahi nuke  
itsasoari begira.*

*Itsasoari Begira*  
Jon Maia-Benito Lertxundi

## LA OTRA HISTORIA

**S**oy mujer, y soy vasca, de la costa. No sé cuándo nací, hace mucho sin duda. Mi memoria se enturbia y apenas recuerdo el largo tiempo transcurrido en la cueva donde busqué cobijo junto a los míos. Descendimos siguiendo las aguas de los ríos y construimos nuestras chabolas de madera y barro a orillas de un mar iracundo a veces, siempre hermoso. He sido autrigona, várdula, caristia, vascona, romana, normanda y también aquitana.

He sido viuda y huérfana de pescadores, he visto morir a mis hombres, tragados por esa mar que tanto nos da, y tanto nos quita. He cosido redes hasta perder la vista y he limpiado pescado, que he puesto en salmuera y en escabeche. He cocido la carne de la ballena para extraer el saín, también he cocido sus huesos, y los he raspado y pulido para fabricar agujas y peines, corsés que aprisionan el talle, incluso muebles y vallas. He pasado la vida en los arenales, secando, salando, enfardando el bacalao y, en ocasiones, transportándolo en carros hacia el interior, y he recorrido largas distancias, los pies descalzos, la cesta en la cabeza, para vender el pescado. No he sido marino ni pescador; no he sido descubridor, aventurero o corsario, pero sí batelera, gabarrera, sirguera, moza de carga y descarga en los muelles, armadora de barcos y comerciante.

He cardado la lana de las ovejas, hecho hilo en la rueca, tejido ropa de la casa, cosido la de toda la familia. Tengo sabañones en las manos de lavar en las frías aguas del río;

he tendido la ropa al sol, la he encañonado, planchado. Me he ocupado de la huerta, de hacer el pan, ordeñar las vacas, batir la mantequilla, atender el gallinero, elaborar chorizos y morcillas, cocinar y fregar.

He sido obrera en las minas y en las fábricas, señora y criada, pobre y rica, monja, señora, hospitalera, partera, curandera, ferrona, prostituta, e incluso bandida.

He amado y he sido amada por voluntad propia o, simplemente, porque el destino así lo ha dispuesto. Me han violado, engañado, repudiado, abandonado, humillado. Aunque, todo hay que decirlo, en ocasiones también yo he sido infiel, egoísta, asesina, autoritaria.

He empuñado las armas para defender mi libertad y he matado a mis retoños para que no fueran esclavos antes de darme yo misma la muerte. He visto matar y morir a mis hombres, padres, maridos, hermanos, hijos, en lucha contra el invasor. Yo también estaba allí, peleando, matando y muriendo. Pero, así mismo, los he visto combatir entre ellos por el honor mal entendido, por poder, por ambición, por nada, pues poco hay lo suficientemente importante que merezca una vida. A mí me ha tocado enterrarlos y llorar su pérdida.

He sido madre y he parido y fallecido al dar a luz infinitas veces. Me han robado a mis criaturas recién nacidas; otras veces han muerto en mi vientre. Las he criado, a menudo sola, y he huido con ellas en busca de refugio cuando mi hogar ha sido destruido por las bombas o el fuego. He sido exiliada y emigrante, en tierras cercanas y lejanas, y no he vuelto. También he abandonado el lugar que me vio nacer y he venido aquí en busca del pan para mis hijos. He hecho mía esta tierra, pues es el suelo que piso, donde crío mis simientes, donde exhalaré el último aliento.

He adorado a la diosa de los antiguos, y también a la madre de Cristo. Me han quemado viva, empozado, descuartizado por ser mujer, por creer y repetir lo aprendido de mi madre, quien a su vez lo aprendió de la suya; por no

entender lo que me preguntaban. Me han perseguido por ser bruja, judía, gitana, pagana, herética, gamboína, oñacina, liberal, carlista, monárquica, republicana, de derechas, de izquierdas, por ser vasca.

Me han prohibido estudiar, viajar, amar a otras mujeres, decidir sobre mi propio cuerpo y sobre mi vida.

Millones de veces he contemplado la salida del sol por encima de las montañas y lo he visto ocultarse en la mar. He bailado al son del *txistu* y el tamboril, he repetido las antiguas leyendas y cantado viejas canciones de cuna. Me he sentado en la silla de la *etxekoandre*, y he visto crecer a mis hijos e hijas, a mis nietos y a mis bisnietos; los he visto hacerse hombres y mujeres de bien, también de mal, pues la simiente siempre es la misma, pero la raíz sale a veces torcida.

He conservado la herencia de los antepasados mientras mis hombres desaparecían en busca de la ballena, embarcados en la aventura, o inmersos en guerras ajenas. He mantenido la hacienda familiar; me he ocupado de la casa, de los hijos, los ancianos, los enfermos, las huertas y los animales. He sido arrinconada y alejada de las fuentes del saber y, no obstante, he transmitido la lengua, la palabra, el aprendizaje no escrito, las creencias, la tradición. He trabajado durante toda mi vida, y he preservado y legado lo mejor de mí misma.

Continúo aquí, al igual que el roble cuyas raíces se hunden en lo más profundo y que extiende sus ramas hacia el cielo. Soy el comienzo y seré el final. He reído y he llorado, pero ante todo he amado, y amo, este rincón del mundo junto al mar donde vivo, y muero.

## LA MUJER SABIA DE PRAILEAITZ

*Deba - a. C.*

**O**h, madre de la tierra y del mar, del sol y de la luna, del día y de la noche, poderosa y clemente, señora de las aguas y de los vientos, protege a tu pueblo, vierte sobre nosotros tus bienes, riega nuestros bosques y campos, llena nuestros ríos y el vientre de nuestras mujeres, tensa el brazo de nuestros cazadores y acógenos en tu seno cuando llegue el momento.

La mujer sabia de Praileaitz, elegida para sanar, comunicarse con los espíritus, adivinar el futuro, preservar la memoria e intermediar entre los dioses y los humanos, recitaba las plegarias rituales a fin de implorar la protección de la Diosa delante de la entrada de la cueva, al tiempo que extendía los brazos como queriendo abarcar la agreste Naturaleza que la rodeaba. Vestida de pieles, el cabello abundante cubriéndole el rostro, los brazos tatuados con colores ocre, y adornada con varios collares de cuentas negras, Ke repetía la letanía aprendida de su predecesora, observada por un nutrido y silencioso grupo de hombres, mujeres y niños llegados de los alrededores.

Finalizada la ceremonia, penetró en la cueva seguida a cierta distancia por los demás; atravesó la primera cámara y continuó caminando hacia el interior, hacia otra más amplia, aunque asimismo más oscura, iluminada por el fuego de una hoguera que ardía en el centro y se sentó en el asiento de piedra que, a modo de trono, presidía el lugar. Las mu-



jeros entonces fueron depositando a sus pies las ofrendas: pieles, carne seca, cuencos con granos, hortalizas, dientes de cabra y piedras del río y de la orilla del mar, cantos rodados de formas alargadas, en su mayoría de color negro. Después todos salieron y ella permaneció sola en la cueva que había sido su hogar durante la mayor parte de su vida; acarició la piedra que colgaba de su cuello y las yemas de sus dedos rozaron las muescas hechas, una por cada invierno transcurrido en su soledad.

No era sino una niña cuya sangre no había aún resbalado por sus piernas cuando fue llevada a Praileaitz junto a otras niñas más o menos de su edad. No era la primera vez que acudía al santuario de la mujer sabia, pero esta vez era distinto. Su madre y otras mujeres de la tribu la bañaron en el mar, restregaron su piel con helechos, la vistieron con una piel sin usar, le desenredaron el cabello con un rascador, de los utilizados para limpiar el cuero, que le arrancó gritos de dolor, y le colocaron en la cabeza una guirnalda trenzada con hierbas olorosas. Tanta preparación tenía que ser para algo importante, se dijo no sin cierta preocupación. Al llegar al santuario, fue colocada junto a niñas de otras tribus y allí esperó, al igual que sus compañeras, a que se desvelara el misterio.

La mujer sabia las escudriñó una por una, palpó sus cuerpos, examinó sus dentaduras y le hizo la misma pregunta a cada una:

—¿Dónde está la madre?

Sorprendidas, todas respondieron señalando a sus respectivas madres, menos dos huérfanas que permanecieron calladas, y Ke, la última de la fila. Era una pregunta demasiado fácil; estaba convencida de que no la habían lavado y restregado para responder a algo tan sencillo. Su mirada se posó en su madre; la conocía bien y, pese a su aparente tranquilidad, el ligero balanceo de su cuerpo demostraba que estaba nerviosa o, más bien, ansiosa. Después miró a la mujer sabia. Apenas podía descubrir su cara bajo los ca-

bellos, pero sentía que la escrutaba con la misma intensidad que un águila a su presa.

—Aquí —respondió al cabo de unos instantes.

—¿Dónde es aquí? —preguntó de nuevo la mujer sabia.

—En la cueva, en el interior de la tierra. Y también en los árboles y en las rocas, en el agua y en el aire —añadió para dejar claro que había escuchado con atención a las ancianas cuando hablaban de la diosa Lur, Ama Lurra, la Madre Tierra.

No estaba segura, pero le pareció ver un destello entre la maraña que ocultaba el rostro de la mujer sabia, quien, para su sorpresa, le colocó aquel mismo colgante que ahora acariciaba. Miró a su madre y ella le sonrió, orgullosa, feliz. Todo fue muy rápido a partir de entonces. Las gentes empezaron a salir del santuario por grupos, primero las llegadas de las tribus más alejadas, finalmente las de la suya. Avanzó dos pasos para salir ella también, pero su madre le indicó con un gesto que debía quedarse allí. No lo entendió y tardó muchas lunas en entenderlo. Nunca más volvió a la orilla del mar, no corrió por la arena fina, ni recolectó conchas y caracoles; no ocupó su lugar alrededor de la hoguera para escuchar cómo su tribu se había asentado en aquellos parajes tras los grandes hielos; no danzó a la luz de la diosa luna, ni trenzó la corona de ramas para elegir entre los hombres a quien sería su compañero, y tampoco fue madre. Hubo de permanecer junto a la mujer sabia hasta que murió y ella ocupó su lugar. Aún ahora, después de tanto tiempo, se preguntaba por qué no señaló a su madre, al igual que habían hecho las otras. Habló más de la cuenta y se condenó a una vida de soledad que no deseaba.

El aprendizaje fue duro, muy duro. Pasó muchos días sin comer ni beber. En ocasiones, la mujer sabia desaparecía durante varias jornadas y ella permanecía sola escuchando el golpeteo de las pezuñas de ciervos y cabras que, en la oscuridad, imaginaba eran los genios de la noche que venían en su búsqueda. Oía el viento ulular, voces del más

allá, espíritus que se colaban entre las ramas de los árboles, y se acurrucaba en el fondo de la cueva confiando en que no se percataran de su presencia en el lugar sagrado, reservado únicamente para las elegidas; ansiando que aquel mal sueño fuera solo eso, un mal sueño del que despertaría en cualquier momento. Sin embargo, poco a poco, fue acostumbrándose a su nueva vida. El recuerdo del mar de su infancia, del cálido cuerpo de su madre entre cuyos brazos se dormía, las risas de sus compañeros de juegos, las reuniones junto al fuego, los gritos y las voces, fueron diluyéndose en su memoria como la niebla se disipa al amanecer de un día soleado.

La mujer sabia le enseñó a escuchar la voz del viento, a leer en las nubes y a descifrar el secreto de las estrellas. Le hizo recitar una y otra vez la historia de las tribus emergidas de la larga noche que cubrió la Tierra y la obligó a repetir las palabras sagradas, gestos, cantos, acompañándose con el sonido de la piel de carnero estirada entre cuatro varas de avellano que golpeaba con monótono compás. Le mostró el modo de pulir y agujerear los dientes de cabra, que servirían para hacer collares, y los cantos rodados para los adornos rituales, ofrenda única para la Diosa. Le hizo beber jugo de hongos a fin de viajar al mundo de los espíritus de la Naturaleza, comunicarse con ellos y recibir el conocimiento, pero fue ante todo su guía en el arte de sanar a los enfermos y de curar a los heridos mediante hierbas, raíces y sustancias vegetales que ella misma elaboraba.

Su maestra partió una mañana, cuando los campos se cubrían de perlas blancas y amarillas, los árboles retoñaban y las cosechas daban sus primeros frutos; volvió a la Madre Tierra, germen de vida, para renacer bajo un nuevo aspecto, quizás planta, o animal, o humano. Ke tañó la piel de carnero y, a su llamada, llegaron las gentes del mar, las de la montaña, las de la llanura. Velaron su cuerpo al amparo de la Señora de la Noche; encendieron el fuego cuya luz le indicaría el camino al otro mundo; cantaron y danzaron en

su honor y la sepultaron en lo más profundo de Praileaitz, en las entrañas de la Diosa. La nueva mujer sabia de las tribus de la región del mar supo entonces que la soledad la acompañaría hasta que llegara el momento de elegir a su sucesora.

Los inviernos se habían sucedido uno tras otro. Había sanado, curado y aconsejado incontables veces; aliviado el dolor, predicho el mejor momento para sembrar, hecho fértiles a las mujeres estériles. Era venerada, a la vez que querida y temida, por cazadores y recolectores, por guerreros, mujeres y niños, pues ella era la única capaz de responder a sus preguntas y comunicarse con la Diosa y los espíritus. Sin embargo, allí, sola en su cueva, sentada sobre la piedra ceremonial, se preguntó una vez más por qué razón no había señalado a su madre, por qué había sido ella la elegida.

## OIASO

*Irun-Oiartzun - 215*

**A**urea recogió las ropas tiradas por el suelo de la habitación, las metió en el cesto casi repleto y, a continuación, se dirigió al lavadero donde sumergió la colada en una de las piletas grandes repletas de orina y observó cómo los esclavos pisaban la ropa antes de volver a la casa de sus amos. Tendría que regresar al lavadero dos días después para recoger la colada ya lavada, seca y planchada. Al menos, se dijo, ella no tenía que pasarse horas pisando ropa a pesar de ser sierva y tampoco le iba mal, si se comparaba con otras muchachas en su misma situación. Ciertamente podía ser vendida, pero también podía comprar su libertad, si bien no recibía como salario otra cosa que la comida diaria y una túnica al año, por lo que nunca podría ser una mujer libre. Aun así, no se quejaba.

Había entrado al servicio de Julia, la mujer del rico Lucio Valerio Marci, demasiado joven, niña en realidad, para recordar a su familia, si es que alguna vez la tuvo. Por no saber, no sabía siquiera de dónde procedía. En sus recuerdos se mezclaban imágenes de montañas de cumbres nevadas, ríos de aguas heladas, de cabañas de madera con olor a humo, pero los rostros de sus padres y, quizás, hermanos y hermanas se habían diluido en el tiempo, transformándose en sombras borrosas, espíritus de otro tiempo imposibles de recuperar. A veces, soñaba que regresaba a aquel lugar y era recibida con abrazos y besos, al igual que veía hacer a

las madres de Oiasso con sus hijos. En lo que alcanzaba su memoria, a ella nadie la había abrazado nunca.

Por otra parte, la Naturaleza no la había dotado con la gracia y belleza de Valeria, la hija de sus amos, a quien vestía y aromaba llenándose la boca con perfume y espurriando sobre su cara y su cuerpo, algo que odiaba, lo que era una suerte, ya que nadie se fijaba en ella y pasaba desapercibida, como las piedrecillas de la orilla del río que recogía y perforaba con una varilla, regalo del orfebre que tenía taller junto a las termas. Había ido a recoger un encargo de su ama y le había preguntado cómo podían agujerarse las piedras.

—¿Para qué quieres tú agujerear una piedra? —pregunto él a su vez.

—Para hacerme un collar —respondió, a la vez que le mostraba media docena de pequeños cantos redondos blancos y negros, casi iguales de tamaño, que llevaba en el bolsillo de su túnica.

El hombre sonrió, cogió uno de los cantos y lo puso encima de una mesa de madera, colocó la varilla encima y la frotó a gran velocidad con ambas manos hasta hacer una muesca redonda justo en el centro.

—¡Te llevará años hacer un collar! —rió tendiéndole la varilla.

Aurea sonrió; tenía toda la vida.

No le llevó años, tan sólo unos meses. Estropeó varias piedras, se hizo heridas en las palmas de las manos, pero continuó intentándolo hasta que logró perforar suficientes cuentas que enfiló en una hebra de lana. Por primera vez en su vida tenía algo verdaderamente propio y aquella noche durmió con el collar puesto. A la mañana siguiente, las piedras estaban esparcidas por la colchoneta y por el suelo, así que volvió a enfilearlas, pero, esta vez, en cordel trenzado, mucho más resistente que la lana. Después guardó su preciada joya bajo una piedra del suelo de la cocina en la que dormía, y comenzó un nuevo trabajo, una pulsera.

Al principio, los otros siervos, dos mujeres y un hombre, se reían de ella por perder su tiempo libre en algo tan inútil, pero empezaron a cambiar de opinión a medida que aumentaba su pericia. Por supuesto, aquellos adornos nada tenían que ver con las filigranas de oro y piedras preciosas que lucían sus amas y sus amigas: collares, anillos, pendientes, brazaletes, fíbulas... a cual más exquisita y costosa, pero resultaban atractivos y, sobre todo, originales. La aprobación de sus compañeros, que pronto comenzaron a ayudarla aportando ellos también piedras curiosas y animándose a darle a la varilla, la alentó a probar cosas diferentes. Primero coloreó algunas de las piedras aprovechando la buena relación que mantenía con el viejo tintorero del puerto, a quien llevaba a teñir las togas de Lucio Valerio y las *pallas*, los mantos, de Julia y Valeria. El hombre le regaló un pequeño cuenco con tinte azul y le recomendó que dejara las piedras dentro hasta que el líquido se evaporase, aunque añadió que él jamás había teñido una piedra y que, en su opinión, era una pérdida de tiempo y, aún peor, un derroche de tinte. Más tarde se lanzó a grabar sobre las piedras líneas, círculos y orlas con un viejo punzón de escritura que su amo había desechado. Además del cordel de cuerda para enfilar las cuentas, también comenzó a utilizar tiras de cuero u otro tipo de materiales que encontraba en la basura de la *domus*.

Dos años después de su primera intentona, se había convertido en una artesana que, incluso, recibía encargos gracias, sobre todo, al parloteo de la guisandera que no se privaba de hablar acerca de sus habilidades en el mercado y lucía en dichas ocasiones el collar que ella le había regalado, uno formado por piedras planas y alargadas de color gris con estrellas coloreadas con tinte verde. Generalmente recibía una cinta para el pelo, un bollo de pan blanco, una pieza pequeña de tejido e, incluso, en una ocasión, una marisquera le dio una docena de cangrejos a cambio de una pulsera de tres filas de cuentas pintadas; y también re-